

ENRIQUE DE OSSÓ TERESIANISTA

GEMMA BEL, STJ

La historia de Enrique de Ossó y Teresa de Jesús es la historia de una amistad insólita. Dos personajes muy diferentes, de lugares muy alejados geográfica y culturalmente, de formaciones distintas, siglos distantes, un hombre y una mujer, una 'hija de algo' y un payés, una escritora y un agitador cultural, dos líderes en sus contextos que tenían algo en común: la pasión por Jesús de Nazaret.

Enrique conocía a Teresa desde siempre. Unos dicen que se la presentó el Dómine Sena, profesor de latín de Tortosa, otros que su tía de Benicàssim, otros que ya la leía en Reus, mientras gestaba la travesura suprema de su adolescencia: su fuga a Montserrat.

En el imaginario ossoniano existían otros personajes de este tipo, héroes espirituales y literarios que le acompañaban a través de sus lecturas. Sabemos de San Francisco de Sales. No es tan conocida, o tan valorada, su pasión



por la poesía de Fray Luis de León. Nos impresionan sus interpretaciones de Fray Luis de Granada. Y así, un largo número de poetas, escritores, místicos y santos sin más, influían durante su juventud en sus sueños y anhelos de futuro. No resulta extraño que un seminarista y sacerdote tan dado a la lectura se apasionara en seguida con el personaje de Teresa de Jesús, a pesar de que ser discípulo espiritual de una mujer podía producir desconfianza entre sus contemporáneos.

Al contrario de lo que sucede con el resto de referentes ossonianos, la amistad de Enrique con Teresa no dejó de ir a más. Como un don Quijote embebido por los libros de caballerías, Enrique debía pasar sus pocos tiempos libres, seguramente las noches, leyendo la novela de aventuras espiritual que es la obra de Teresa de Ahumada.

A pesar de su profundo conocimiento de la obra teresiana, Enrique no es un estudioso, no es un intelectual sino un 'vividor' teresiano, que comprendió profundamente, por encima de barreras espacio-temporales, aquella forma íntima y revolucionaria de relacionarse con Dios. No es que Enrique, a base de leer a Teresa y lo que Teresa había vivido, acabara creyéndose el relato místico teresiano. Más bien, al leer a Teresa, Enrique entró en comunión con otro ser humano que había vivido una experiencia de amistad y cercanía con Dios que era equiparable a la suya. En las páginas de las obras teresianas, Enrique, hombre adusto y poco dado a la expresividad, encontró una manera de explicar lo que él vivía. Enrique y Teresa son dos nodos unidos irremediablemente por el eje existencial que constituye la amistad con Dios.

Muchos han dicho del sacerdote catalán que fue "el apóstol teresiano del siglo XIX" y que propagó el culto a Santa Teresa. La afirmación es acertada, ya que además de las asociaciones de carácter teresiano, entre sus escritos se encuentran títulos como: El espíritu de Santa Teresa de Jesús (1872), El día 15 de cada mes y novena de Santa Teresa de Jesús (1873),

El Cuarto de Hora de Oración, según las enseñanzas de la seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús (1874), La mujer grande, Vida meditada de Santa Teresa (1882)... Seguramente estas publicaciones merecerían un artículo como éste en una revista especializada, pero la aportación de Enrique de Ossó va mucho más allá. Si hay que definirlo como teresianista, se necesitan otros adjetivos que expliquen la amplitud de su obra: liberador, completo, operativo, apostólico y proyectivo.

Teresianismo liberador y completo

A lo largo de la historia ha existido la tendencia a interpretar sesgadamente la espiritualidad de Teresa de Jesús. Por ser mujer, por pertenecer al siglo de la contrarreforma, por la dificultad de sus escritos, por la profusión de leyendas y anécdotas sobre ella... lo cierto es que Teresa de Jesús se ha visto encerrada en una cárcel ideológica que la tilda de mujer "mística" de experiencias paranormales, escritora de poemas de dudosa calidad literaria y de prosa de sintaxis endemoniada, vieja simpática, 'amiga de ir por casa' de Dios y castellana irreductible.

La Santa vivía en una situación de cierto ostracismo dentro de la espiritualidad cristiana, que Enrique de Ossó ayudó a liberar, popularizando su experiencia de fe y aproximándose a ella desde el conocimiento directo y la empatía con sus escritos. Rotas las rejas del prejuicio histórico, pudo contemplar a la Santa desde un nuevo prisma. Y la vio como Doctora de la Iglesia, como modelo de persona, como revolucionaria de la relación con Dios, como propuesta carismática apostólica.

Tras la radical experiencia de oración y la vivacidad de los escritos, Enrique descubre también una antropología humanista, una forma intrínsecamente optimista de comprender lo humano. Es entonces cuando comprende la capacidad educativa del itinerario espiritual que propone Teresa de Jesús e introduce la educación como elemento crucial en el teresianismo, redimensionando algunos de sus rasgos fun-

damentales, como el acompañamiento, el descubrimiento de sí mismo, la incompletitud o el valor intrínseco de la persona.

Teresianismo operativo y apostólico

Enrique de Ossó conectó desde 'su mismo centro' con la experiencia teresiana de Dios, la operativizó, la hizo activa y profundamente encarnada en la sociedad, y la convirtió en una forma de vida apostólica para su tiempo. Supo encontrar en Teresa de Jesús a la Mística en el Mundo, la mujer que fraguó una amistad íntima con Jesús de Nazaret en la vida de cada día y trabajó para construir una sociedad más acorde con los valores del Reino. Esta dinámica entre la oración continua y actividad incansable es el paradigma central de Enrique de Ossó, que llevó al extremo el contrato teresiano: tu mirarás por mi honra y yo por la tuya. El teresianismo, en él, es una forma mística, plena, transformadora, de estar en el mundo para construir una nueva humanidad.

Teresianismo proyectivo

El legado ossoniano, por lo tanto, no se circunscribe al ámbito del conocimiento, ni

siquiera a la constitución de asociaciones de cariz teresiano. Enrique de Ossó impulsó el carisma y lo proyectó para la vida apostólica del futuro. Lo hizo en el siglo XIX, pero su manera operativamente mística de vivir el teresianismo es un signo de lectura profética para el cristianismo del siglo XXI.

Para acabar, vuelvo a la simbología quijotesca. Igual que dos amigos, como Quijote y Sancho, son cada vez el uno más como el otro, Enrique se enteresianiza y Teresa se ossonianiza. Enrique asume vitalmente, después de la comunión creada por una experiencia compartida, postulados, palabras, eslogans, actitudes vitales de Teresa, incluyendo aspectos tan fundamentales de su carisma como la relevancia de la mujer. La espiritualidad de Teresa, a su vez, se hace más activa, más 'mundana', se encarna en los nuevos paradigmas culturales para ser vivida, como quería Enrique, entre los 'torbellinos' de las cosas del mundo.

Vivificar, reformular, actualizar el teresianismo, proyectarlo y prepararlo para un futuro que se reformula continuamente, es el legado de Enrique de Ossó para la Iglesia y la sociedad de todos los tiempos.

